

RECORDANDO A ROBERT RICARD
(1900-1984)

Sienten veneración por él los estudiosos del *Sueño* de Sor Juana Inés de la Cruz y siguen leyendo los historiadores del siglo XVI mexicano su *Conquête spirituelle du Mexique* (1933), traducida al español y al inglés. Sin embargo, Robert Ricard (1900-1984) merece lograr mayor fama póstuma entre los investigadores en general, y los americanistas en particular. El papel excepcional de Marcel Bataillon (1895-1977) en el hispanismo francés e internacional tal vez haya dejado en la sombra a otras figuras. Entre ellas la de Ricard cuya carrera es notablemente paralela a la del famoso especialista del erasmismo. Ambos ingresan en la misma prestigiosa Ecole Normale Supérieure de París («rue d'Ulm»). Ambos lucen el título de profesor de letras clásicas (francés-latín-griego). Ambos se convierten al hispanismo con motivo de una beca en el instituto francés de investigación de Madrid (hoy Casa de Velázquez). Ambos inician su docencia enseñando Literatura Española en la Universidad de Argel que entonces era francesa (Ricard es el sucesor de Bataillon en 1937 hasta su elección en la Sorbona en 1946). Ambos practican varias disciplinas: lingüística, literatura, historia, y se interesan conjuntamente por España, Portugal e Iberoamérica. Acabemos por lo más específico, su común predilección por los temas de espiritualidad, con una diferencia notable: Ricard era un católico chapado a la antigua, mientras que Bataillon era un cristiano «de afuera», erasmista, lector entusiasta de San Pablo en el idioma original griego, pero siempre ajeno a cualquier pertenencia confesional a pesar de que lamentaba en la última postdata de su tesis *Erasme et l'Espagne* la decadencia de la religión cristiana.

Tampoco en el terreno intelectual, el hermano menor era el imitador del hermano mayor. Varios testimonios –entre ellos la bella necrología que le ha dedicado– nos enseñan que Ricard sentía mucha admiración por su camarada, pero que él

marcaba su propio surco. Su primera estancia en España fue una campaña de arqueología cerca de Tarifa. Luego fue lector en Lisboa, lusista incluso antes de ser hispanista, y muchos trabajos suyos –varias páginas de bibliografía– tratan de las relaciones entre Portugal y Marruecos a través de los siglos. Sobre todo, la vocación mexicanista de Ricard es mucho más temprana que la de Bataillon: 1922 según confiesa él mismo. En 1930, en el «Deuxième Congrès National des Sciences Historiques» que se celebra en Argel, Marcel Bataillon da una ponencia sobre Erasmo en la Nueva España, esbozo de una investigación muy posterior; ahora bien, es su amigo Ricard quien le ha sugerido la idea. Su discípulo común Jacques Lafaye lo afirma terminantemente (1). Mientras Bataillon pule su tesis hispanista hasta el año 1937, Ricard está investigando en México en 1930-1931. Es el beneficiario de la primera beca instituida por el gran americanista Paul Rivet. La siguiente beca había de ser para Jacques Soustelle. A nosotros, los alumnos de la Sorbona de los años cincuenta, nos costaba trabajo imaginar a nuestro profesor viviendo en el México recién salido de la Revolución, pero era así. Aquel señor tan pulcro y poco expansivo había sido un gran viajero y un auténtico pionero de la investigación, y si entonces había dejado de viajar, había que achacarlo a la fragilidad de su corazón que le impedía incluso los viajes aéreos.

Ricard publicó catorce libros, y un número importantísimo de artículos dispersos en muchas revistas y obras colectivas de varios países. Los trabajos sobre Portugal y Marruecos han sido reunidos, pero en el campo español, a veces los escritos más valiosos son los más difíciles de encontrar. Las conferencias sobre Sor Juana, hasta ahora se difundían en forma de fotocopia a partir de una edición antigua, modesta y de corta tirada. ¿Cuántos estudiosos han leído el magnífico artículo sobre la Plaza Mayor en España y en las Indias (*Annales E.S.C.*, 1947, 4) tan estimado por especialistas como el francés François Cheva-

(1) Véase J. LAFAYE, «L'itinéraire intellectuel de Marcel Bataillon» en un homenaje póstumo: *Les cultures ibériques en devenir*, París, Fondation Singer-Polignac, 1979, pág. 89. El momento decisivo de la vocación americanista de Bataillon es su gran viaje del año 1948, con Alfonso Reyes y Silvio Zavala como guías.

lier y el español Francisco de Solano? En varios momentos, Ricard estudió las fiestas de «Moros y cristianos» en España, en México, en Brasil, en otros lugares más. Estos textos siguen dispersos. Podríamos multiplicar los ejemplos. Ricard era demasiado modesto, poco hábil para darse a conocer. Tal vez haya guardado oculto lo mejor de sí mismo. Además, los últimos años de su vida fueron algo melancólicos a pesar del cariño de su numerosa familia. Los achaques de la vejez le impedían caminar, la evolución de la Iglesia católica no le gustaba y... tardaba en aparecer la segunda edición de su tesis traducida al español, la de Fondo de Cultura Económica. Efectivamente, el libro se retrasó hasta 1986. Para el autor ya era tarde. Para los investigadores, llegó a tiempo.

La cultura de Robert Ricard era inmensa, y sus temas de estudio variadísimos, dentro de un campo muy extenso, pero con ciertos límites fijados de antemano. Por ejemplo, a pesar de su importante dedicación a la historia de Marruecos, no se le ocurrió aprovechar sus largos años africanos para aprender árabe. Mientras tanto, sorprende la variedad de los temas estudiados: desde el *Libro de buen ammor* hasta Benito Pérez Galdós pasando por Feijoo y Jovellanos, desde la toponimia de Portugal hasta los versos portugueses de Sor Juana, desde la oración del Justo Juez hasta la novela de la Revolución Mexicana o *Los Hijos de Sánchez* de Oscar Lewis. Ricard no era un «metomentodo», sino todo lo contrario. Su territorio no era un continente, sino un archipiélago. Muchas veces, él se fijaba en un objeto particular, a veces bastante pequeño, le comunicaba a este objeto la luz de su tesoro de erudición y sacaba conclusiones agudas y ecuánimes. Esto vale incluso para el campo de la espiritualidad del Siglo de Oro en que su erudición era asombrosa. El vigor y la solidez de ciertos trabajos suyos más sintéticos (como el de la Plaza Mayor) nos lleva a lamentar la relativa escasez en su bibliografía de textos largos y ambiciosos.

Hasta mediados de este siglo, en el hispanismo francés Sor Juana Inés de la Cruz era todavía un gran signo de interrogación (2). La venerable *Revue Hispanique* de Raymond Foulché-

(2) Una investigación minuciosa revelaría algunos textos publicados en París sobre Sor Juana, pero en idioma español (se habla de ella en *México viejo* de GONZÁLEZ OBREGÓN, que sale en París en 1900). En Alemania, los es-

Delbosc había publicado en 1917 una bibliografía de Sor Juana, pero el autor no era francés, era Pedro Henríquez Ureña y había realizado la mayor parte de la investigación previa en Nueva York. De todos modos, la *Revue*, costeadada entonces por la *Hispanic Society* norteamericana, era tan neoyorkina como parisina. El día 13 de mayo de 1933, cuando Robert Ricard presentaba su tesis en la Sorbona, el maestro Ernest Martinenche expresó el deseo de que se buscara la explicación del genio de Sor Juana en la vida literaria de las generaciones anteriores; era un resabio de la aplicación de la doctrina positivista a la literatura, y los caminos del sorjuanismo francés son muy otros. Quince años más tarde, en 1948, publica Ricard su primer artículo: «Antonio Vieira et Sor Juana Inés de la Cruz». En 1951, aparece traducido en la *Revista de Indias*. Al año siguiente, el *Bulletin Hispanique* de Burdeos publica «Les vers portugais de Sor Juana Inés de la Cruz». Tal vez, el mismo Ricard había sugerido por entonces al profesor de vascuence Lafon que se interesara por los términos vascos en la obra de Sor Juana (3). Y nada más. En 1954, en el recién fundado Institut des Hautes Etudes d'Amérique Latine de París, las tres conferencias de Robert Ricard sobre *Une Poétesse mexicaine du XVII^e siècle: Sor Juana Inés de la Cruz* son toda una novedad. La presencia en la sala de Marcel Bataillon marca de modo significativo la importancia del asunto. La publicación en México por Alfonso Méndez Plancarte, en el Fondo de Cultura Económica, de los primeros dos tomos de *Obras completas* que en muchos aspectos eran casi una resurrección, había permitido dar ese paso hacia adelante. Los demás artículos de Ricard aparecen entre 1960 y 1972. El más importante trata del *Divino Narciso*.

Aquel maestro fue un pionero del mexicanismo francés. Esto dentro de lo que cabía para un hombre típico de su gene-

tudios empiezan antes. En 1930, Marianne WEST publica en Berlín parte de la *Carta a Sor Filotea*; la conferencia de Karl VOSSLER sobre «Die zehnte Muse von Mexico» fue leída en Munich a 13 de enero de 1934. La traducción del *Sueño* por el mismo investigador, «Die Welt im Traum» fue publicada en Berlín en 1941. Mientras tanto Ludwig PFANDL (+1942) escribía su propio libro publicado póstumamente en 1946. Acabemos esta pequeña reseña europea recordando que en Madrid se publicó el admirable *Juana de Asbaje* del mexicano Amado NERVO en 1910.

René LAFÓN, 1954. «Phrases et expressions basques dans un villancico de Sor Juana Inés de la Cruz», *Bulletin Hispanique*, LVI, (1-2), págs. 178-180.

ración, es decir, con escasa aptitud para superar realmente cierto enfoque eurocentrista, especialmente en el terreno religioso. Era hijo de las dos Francias, la católica por su familia, y la laica por su formación universitaria. Aunque pueda parecer paradójico, él se había nutrido de ambas sin mayor problema íntimo, y había aprendido de las dos muchas virtudes de rigor, honradez, laboriosidad, respeto a las ideas ajenas. La doble impronta se fijó de modo complementario. Su ingente labor de erudito preparó el camino para muchos discípulos directos e indirectos y bastantes textos suyos siguen plenamente vigentes más de medio siglo después de escritos.

MARIE-CÉCILE BÉNASSY-BERLING

Université de Paris III. Sorbonne Nouvelle

R. I., 1996, n.º 206